

yo creo que en Canarias ha producido sentimiento la corta de árboles tan viejos y magníficos. Bastaría este libro y el drama de Millares para demostrar que hubo quien deploró desde el alma la profanación.

\* \*

El autor del folleto—según nos informa el prologuista—es propagandista infatigable del arbolado en la tribuna, en la prensa, en el libro. Se halla persuadido de que una de nuestras «leyendas de oro» más falsas y quiméricas, es la referente a la fertilidad del suelo español, leyenda que echó abajo Cánovas del Castillo al explicar la evolución de nuestra historia por nuestro territorio erial y de secano. ¿Hubo épocas en que España fué un vasto jardín? ¿Lo fueron en sus primitivos tiempos las Islas afortunadas? De estas últimas bien cabe presumirlo, puesto que ha sido necesaria la tala para modificar su paisaje; como dice González Díaz, desnudar a las islas del ropaje de espléndida vegetación que conservaban desde el tiempo de los progenitores guanches, adoradores del árbol. Respecto a la Península ibérica, dudo que nunca (sobre todo en la meseta central) la vistiese soberbio manto de verdor.

El autor del folleto se pregunta: si resucitasen esos viejos pobladores de la isla, esos guanches cuyos huesos y cuyos utensilios y trabajos artísticos empiezan a desenterrarse ahora, ¿qué dirían viendo cómo los vetustos árboles han sido impiamente descepa- dos? La civilización—se les contestaría—ha pasado por aquí, y la civilización tiene la mano dura. Pero ¿es que a la civilización le compete destruir la belleza, despojar la tierra, esterilizar y afeár el sitio en que habitamos?

\* \*

Lo que más me agrada en el autor del folleto, es que tiene el valor de escribir (exponiéndose a necias y pueriles protestas) que su isla nativa no es hermosa, y que al descalvarla se ha visto su aridez y sequedad. El lugar común del «país más bello del mundo» nos atosiga cuando leemos descripciones de tierras, comarcas y regiones. Al país natal no se le quiere menos porque existan otros de mayor amenidad. Y si le faltan árboles, ¡a plantarlos! La obra más altruista, más desinteresada, es esta plantación. El árbol que plantamos, atento a la brevedad de la vida, nos dará escasa sombra. Pero las obras gloriosas son aquellas en que se trabaja para la inmortalidad del porvenir.

Entresacaré datos del folleto. Los Estados Unidos han plantado, en el espacio de pocos años, cuatrocientos trece millones de árboles. En Francia, Inglaterra, Rusia y Bélgica, se planta sin descanso. Don Domingo Aguilar, hijo de las Palmas, plantó en breve plazo veinte mil árboles, convirtiendo un páramo en un oasis delicioso. El padre Cámara, anterior obispo de Salamanca, dirigió circulares a sus párrocos en favor del desarrollo de la arboricultura. ¡Qué hermoso sería que cada párroco, al cesar en sus funciones, dejase tras de sí, alrededor de la rectoral, un plantío, la base de un bosque, la línea de una alameda! El padre Cueto, obispo de Canarias, siguiendo el impulso, se dirigió también a los párrocos, encomendándoles el celo en poblar de árboles todo terreno que tuviesen a su disposición. Con tal motivo, la actividad de los propietarios se despierta, y ciertos acapulados isleños se apresuran a ordenar grandes plantaciones. Y (lo mismo que sucede en mi tierra) vienen los Atlas de la vegetación, y dañan, por pura barbarie, a los nacientes arbolitos.—Comprendo la indignación de González Díaz. No olvido la impresión de rabia que sufrí al ver dos negrillos, plantados por mí ante una portalada de las Torres de Meirás, y que sangraban la herida practicada por cruel navaja, alrededor de su tronco y con brutal desgarramiento de su corteza. Me pareció que le habían dado una puñalada traidora a un ser vivo. El que fué capaz de esto, sería capaz de asesinar a un semejante.

\* \*

También por acá se han hecho (sin gran insistencia y no sé si con resultado feliz) campañas por el arbolado; y se ha celebrado la *Fiesta del Arbol*, creo que por iniciativa de S. M. la reina Cristina de Hapsburgo, y se han compuesto cantatas para que los niños, al entonarlas, aprendan a respetar y querer a los árboles... Y no cabe duda: por lo menos, en los caminos y carreteras, se planta arbolado (plátanos, álamos blancos, generalmente), aunque no siempre quien debe realizar esta mejora la realice, y algunos caminos, como el que va hacia mis Torres, se quedan eternamente sin su doble fila de sombrillas ver-

des, agitadas por el aire... La plantación (sucede generalmente aquí con todo) se inicia, pero va con calma, a paso de tortuga perezosa, luchando con el peso muerto de las preocupaciones, con la idea de que los árboles perjudican a los sembrados, con la ruda y áspera avidez del labriego, con la inercia de las voluntades que no viendo provecho inmediato no se desesperan.—Y menos mal en las provincias del Norte. Donde es desconsoladora la calvicie de la tierra es en las estepas castellanas. Grises, pardas, infinitas, un sol de brasa las retuesta durante el día, y de noche las barre el cierzo enviado por las sierras, contra el cual no las defiende ningún parapeto de frondosidad. Cuando casualmente, durante el viaje de veraneo, al atravesar el despoblado interminable, los campos de trigo que ya madurecen sembrados de amapolas, la vista tropieza con alguna plantación de árboles, unas jóvenes acacias, que bambolean dulcemente su cabellera fresca y tiernecilla, los ojos se recrean y descansan, el espíritu siente placidez. El árbol moderno no es el obscuro chaparro, el retuerto olivo de las soledades castellanas: es árbol derecho y bien guiado, plantado de distancia en distancia, no propicio a que entre sus espesuras se embosque el saltador aguardando al viajero. Tal vez el terror a los bandidos, que se refugian en los bosques, haya contribuido a que no se plantasen árboles, allá en otro tiempo. Ahora sólo tenemos al *Pernales*, y eso en la clásica tierra de jaques, guapos y bandoleros, en Andalucía. Podemos esperar sin miedo la zona de vegetación alrededor de nuestras casas.

\* \*

El que planta árboles—y no sólo árboles, sino también arbustos de adorno y capricho—ejerce, que lo sepa o no, contagio sobre los que le rodean. Alrededor de nuestra casa de campo, algunas modestas casitas de cultivadores y colonos lucen ya un seto de rosales enredadera, un valladar de romero, una nota de poesía y gracia, en vez de los escajos y las ortigas que antes constituían su única guarnición. Especies frutales de las más sabrosas figuran en los huertos aldeanos; son patrones injertados de los que mi madre hizo traer de Bélgica y Francia. Los pinares melancólicos prevalecen aún, pero ya se ven plátanos en abundancia, sauzales y olmos, y en algunos paseos urbanos, magnolias, mimosas y gomeros. El árbol ha conquistado derecho de ciudadanía.

\* \*

Un árbol que yo quería va desapareciendo: el castaño.—No sabemos cuál insidiosa enfermedad mina sus recios troncos: mejor dicho, sabemos que se trata de un gusano roedor, que se instala en el nudo de las raíces y ataca la vida. El color verde sombrío del castaño palidece entonces; sus hojas, poco a poco, amarillean; y hacia el mes de agosto—época crítica para la vegetación—el mustio follaje se cae precocemente y quedan sólo las desnudas, secas ramas... Alrededor del muerto se van otros, enfermos; es que se ha extendido la infección.—De remedios se habla mucho; se leen artículos kilométricos en periódicos especiales; pero hasta la fecha ninguno de estos medicamentos ha sido ni eficaz ni de fácil aplicación. Los magníficos castaños, las derechos y valientes vigas, van cayendo también bajo el hacha, no porque nadie desee su muerte, sino porque les ha desahuciado la experiencia forestal. «Cortarlo antes que seque, cortarlo mientras conserva la savia...» Y cae el gigante, con el ruido fragoroso que imprime en el alma el dolor de lo fatídico...

\* \*

Voy hilando todo esto para probarme a mí misma que, sin haber hecho campaña de ninguna especie en pro del arbolado—cada día siento menos afán de campañas, quizás será achaque de la edad que declina,—no dejo de profesar cariño a los altos troncos y a las copas vastas como lagos de verdura, donde se posan, en invierno, al verlas despojadas, los cuervos y los gaviñanes. Si sucede que hay cosas que nos son enormemente simpáticas, que nos hacen pensar, sentir... y no damos un paso a fin de que aumenten. Admiro a los que trabajan por propagar beneficios; no sé imitarles. Si tuviese que salir por ahí predicando que se planten arbolillos, creo que preferiría vivir en un yermo.

Hay en esto cierta estética de ilusión. Me gusta creer que los árboles nacieron solos, como sucedía en el Paraíso terrenal, donde Adán y Eva se encontraron la higuera o manzano, no sólo plantado, sino ya crecido y con fruto.

EMILIA PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¡De qué manera cambia el aspecto de las cosas un poco de verde! Sí, un poco de verde: el verde es tan necesario al hombre como al animal..., y nadie saque la consecuencia de que no es también animal (hablando de acuerdo con las ciencias naturales) el hombre. Estas reflexiones, que nadie tildará de nuevas ni de profundas, me las sugieren unas copas de árboles que se ven por las ventanas de la Biblioteca del Ateneo de Madrid: el color dulce y alegre del follaje se mete por los sentidos y refresca los ojos, y los pajarillos, a centenares anidados en las ramas y gorjeando a porfía con sus arpadas lenguas, ponen en música los ruidos prosaicos del arrastre de sillas, taconeo de botas, golpeo de tomos sobre los pupitres y rasgueo de plumas sobre el papel, únicos que rompen el silencio de la labor docta, a menos que una conversación bisbiseada infrinja el deber de callar y respetar el trabajo ajeno que allí tiene todo el mundo.

\* \*

Si se buscara un rasgo típico que distinga a nuestra edad de edades pasadas, sería este del verde, convertido en elemento de ornato, salud, regocijo y lujo del hogar. En otro tiempo se adornaban con flores los salones, los comedores, los gabinetes: hoy, sin prescindir de las flores y prodigándolas más que nunca, les disputan el favor las plantas, los arbustos, el verde, que simboliza a la naturaleza. Una palmera, con ó sin lazo, es el complemento de un rincón artístico, en las residencias elegantes. Y estimando lo poético de las flores, sus tonos brillantes y vivos, sus frescuras de porcelana y sus turgencias de raso, sus perfumes insinuantes ó violentos, sus esmaltes inimitables y sus yacenes lánguidos de mariposa que no aletea, yo he sentido siempre una preferencia declarada por los árboles: no me extraña que en las teogonías primitivas se les diese veneración.

\* \*

Un grueso folleto titulado *Arboles*, de que es autor D. Francisco González Díaz, publicista canario, acaba de agregarse a la pila de libros que los autores tienen la cortesía de remitirme. El título me atrae, y al abrir el folleto (¿debo llamarle así?, tiene ciento y pico de páginas), leo que está impreso a expensas de D. Ramón Madan, entusiasta protector y cultivador del arbolado; lo cual me inspira, desde el primer instante, consideración ilimitada hacia D. Ramón Madan. El prólogo es del Sr. Cabrera Pinto, y en él hallo un párrafo que me recuerda el estreno del drama *La herencia de Azausa*, de los hermanos isleños Millares Cubas, en que tanto papel desempeñaban los árboles seculares, la floresta profunda, como los actores. «Hemos visto indiferentes—escribe el protagonista—cómo el hacha del leñador, impulsada por sordida codicia ó alentada por un caciquismo de histórico, noble, antiguo abolengo, tan antiguo como la conquista, iba talando aquellas selvas frondosas, aquellos bosques vírgenes, verdaderos templos de la raza guanche, cantados por nuestro inmortal poeta Viana.» (1) A pesar de la afirmación del Sr. Cabrera,

(1) Me alegraría conocer lo que escribió este poeta, del cual confieso paladinamente que no tenía noticia.

Se ir  
de Esp  
entre t  
No s  
que Es  
versal,  
arse c  
rineo n  
paña es  
de bebi  
ción de  
que nin  
rica (ig  
dromiel  
zos, ni  
leche d  
ción co

Y no  
patenti  
la bebi  
el organ  
de la m  
relleno:  
con mu  
tado u  
gazpac  
los difi  
Dios s  
en esos  
aliment  
obreros  
que les

El g  
gantes  
caliente  
que co  
una rec  
la única  
pecialis  
peculia  
del par  
probad  
neras,  
cuando  
No e  
en que  
sin duc  
mante,  
horcha  
tisima.  
hosped  
tenía c  
biese l  
gazpac  
su senc  
París, e  
meja al